

Discurso inaugural del II Congreso Internacional de Filosofía y Ruralidades que tuvo lugar entre el día 9 y 10 de noviembre de 2024 en San Martín de Teverga

Pablo Huerga Melcón

Universidad de Oviedo

huergapablo@uniovi.es

Quisiera dedicar mi breve intervención en el acto de inauguración de este precioso Congreso de Filosofía y Ruralidades, por su propia temática, a evocar el recuerdo y la memoria de uno de los pioneros del conservacionismo; uno de los primeros científicos que advirtió del peligro en el que se encontraban los tesoros botánicos desarrollados por la labor callada de los millones de agricultores que con su trabajo, durante miles de años, fueron dando forma a la enorme variedad de cultivos, con sus respectivas tradiciones, artesanías, ceremonias, mitos y técnicas. Uno de los grandes pioneros de la etnobotánica, que al culminar la Revolución de Octubre y con el apoyo decidido del propio Lenin, consiguió organizar y poner en marcha el primer Museo Mundial de Plantas Cultivadas, en la entonces conocida ciudad de Leningrado. Un museo pionero y único durante muchas décadas, que consiguió albergar y dar vida en los cientos de centros de experimentación, diseminados por toda la geografía de la URSS, a la enorme variedad de cultivos y tradiciones etnográficas asociadas, de los cinco continentes. Se estima que actualmente dicho museo alberga unas 400.000 especies vegetales de plantas cultivadas.

Me refiero al incansable botánico Nicolai Vavilov, el guardián de las plantas perdidas, el Indiana Jones de la etnobotánica, que viajó durante las décadas de los años veinte y treinta del siglo XX por todos los continentes, por toda la geografía rural del mundo, acarreando hasta en los bolsillos de su chaqueta esos tesoros botánicos que estaban condenados a desaparecer por la irrupción del capitalismo globalizado ya vaticinada por Marx y Engels.

Y por qué quiero dedicar estas palabras hoy aquí en Teverga al genial botánico soviético, cuyo legado ni siquiera su trágica muerte a manos de la NKVD pudo ensombrecer, como tampoco lo consiguió la invasión alemana de la URSS, que entre sus planes tenía la destrucción de aquel pionero centro mundial de Germoplasma, y el robo y desmantelamiento de sus tesoros botánicos.

Pues, porque entre aquellos viajes que le llevaron por los cinco continentes, también viajó por España, en el verano de 1927. Un viaje que había organizado siguiendo la estela y la huella de uno de nuestros más grandes botánicos ilustrados: Mariano Lagasca, autor de la Ceres Hispánica, que el mismo Vavilov reconocía que le había inspirado para organizar su centro Mundial de Plantas Cultivadas, hoy conocido con las siglas VIR.

Acompañado por los científicos españoles, discípulos de Ignacio Bolívar, director entonces del Museo Nacional de Ciencias Naturales, que estaban a la vanguardia de la ciencia mundial como Vavilov mismo reconoce, y aunque nos cueste creerlo, recorrió España guiado por la búsqueda de uno de los tesoros más codiciados, entre los muchos que se encontró por toda la península, la escanda asturiana.

Después de años de búsqueda, Vavilov arribó a Asturias en la estación de ferrocarril de Pola de Lena, para explorar desde allí todas las zonas en las que se cultivaba desde tiempo inmemorial el preciado trigo Espelta, venerado en todas las fiestas y romerías de la geografía asturiana.

Viajó por Cabañaquinta, Lena, Quirós, Teverga, Grado, donde visitó la cueva de Candamo que había sido descubierta recientemente, Villaviciosa, y otros lugares. También Gijón, ciudad donde durmió.

Los botánicos asturianos, como el entonces director del instituto Jovellanos, José Ramón González-Regueral García, luego depurado tras la guerra civil, lo acompañaron y conservaron siempre memoria de aquel extraño viaje por las tierras de España del incansable explorador Nicolai Vavilov.

Yo, como soy de pueblo y, como vosotros, aspirante a filósofo rural, he dedicado muchos años de trabajo e investigación a esta curiosísima odisea de Vavilov por España en busca de la escanda, que me ha parecido siempre una historia fascinante.

Gracias a su abnegada labor, a punto de perderse los cultivos de la espelta asturiana, los centros de investigación botánica actuales de Asturias, han podido solicitar en varias ocasiones, muestras de aquellas semillas que gracias a Vavilov pueden ser recuperadas y restablecidas en sus lugares geográficos originales.

Afortunadamente, son muchos, aunque no suficientes, los que emulan a aquel pionero del conservacionismo y la defensa de la biodiversidad y de la conservación de los tesoros botánicos desarrollados por el trabajo abnegado y rural de los campesinos, que nunca pensaron en patentar sus cultivos, sino en alimentar a la gente. Este era también el sueño originario de Vavilov. Y, con estas palabras, quisiera inaugurar el II Congreso de Filosofía y Ruralidades. Muchas gracias.